

CAPÍTULO XLVIII

ELPIDIO DE CAPADOCIA

Un cierto Elpidio, capadocio de nación ¹, considerado después digno de ejercer el sacerdocio, había formado parte de la comunidad del monasterio de Timoteo. Siendo corobispo de ² Capadocia, fue a las grutas de los amorreos ³, que se hallan situadas en la parte baja de Jericó y que ellos tallaron antaño en las rocas al huir de Jesús, hijo de Navé ⁴, que asolaba entonces a las tribus extranjeras en la colina de Duka ⁵. Elpidio, varón acrisolado en virtud, vivió en una de aquellas grutas, dando pruebas de un tal dominio de sí mismo que en sus prácticas ascéticas eclipsaba a todos los demás.

En efecto, durante veinticinco años sólo tomaba algún alimento los sábados y domingos ⁶, y permanecía de pie durante las noches cantando salmos.

LA COMUNIDAD DE ELPIDIO

Agrupados a su alrededor, como rey en medio de sus abejas, vivía una multitud de hermanos; yo también viví entre ellos. De esta suerte convirtió aquella montaña en una ciudad. Los que allí vivían observaban distintos géneros de vida.

En cierta ocasión picó un escorpión a Elpidio. Estábamos cantando salmos durante la noche en su compañía. Elpidio lo pisoteó, pero no cambió siquiera de actitud, haciendo caso omiso del dolor que le producía la picadura del insecto.

Cierto hermano tenía un día en la mano un trozo de sarmiento. Elpidio cogió el sarmiento mientras el hermano se hallaba sentado en

la vertiente de la montaña, y a pesar de que no era época favorable, lo fijó en el suelo como quien planta en la tierra. Pues bien: aquel sarmiento se convirtió con el tiempo en una parra tan grande que llegó a cubrir la Iglesia.

Junto a él se santificaron también Ernesto, hombre digno de consideración, así como su hermano Eustacio. En cuanto a Elpidio, llegó a tal grado de impasibilidad⁷ mortificando su cuerpo, que el sol brillaba a través de sus huesos⁸.

Cuentan sus fervorosos discípulos que jamás se volvió hacia poniente porque la altura de la montaña dominaba la entrada de su cueva. Durante veinticinco años tampoco vio el sol después de la hora sexta, cuando se hallaba por encima de su cabeza y declinaba por el ocaso, ni tampoco las estrellas que empezaban a brillar en poniente. Mas desde que entró en su gruta no descendió de la montaña hasta que fue enterrado.

NOTAS

1. Es probable que sea el discípulo de san Caritón, que fundó la primera laura en la montaña que está cerca del Ain-ed-Doo actual, colina de Duka. Más tarde, habiéndose retirado Caritón hacia el sur, cerca de Tekoa, Elpidio se quedó en la laura, llevando su nombre hasta el s. VIII.

2. Obispo auxiliar o corobispo (cf. cap. 38), es el mismo a quien escribe san Basilio en su epístola 291.

3. Cf. *Js* 10, 27.

4. Cf. *Nm* 21, 13 ss.

5. El Djebel-el-Karantel., Monte de la Cuarentena, al Noroeste, cerca de Jericó. Paladio vivió hacia el 386 en la laura de Duja, que había fundado san Caritón.

6. Aunque es preciso reconocer el rigor excesivo de estos ayunos, sobre todo en este caso de Elpidio, no debe sorprendernos, en general, la dura abstinencia a que se sometían los solitarios egipcios en lo que respecta a los alimentos, y que nos describe tantas veces Paladio. Sabido es que, dado el clima del país del Nilo, basta con una comida frugal para mantenerse, y ello no sólo a los ascetas y solitarios, sino al común de las gentes. La templanza de los aires en aquellos países de Oriente permite los ayunos prolongados tales como nos dice el autor que se imponía los monjes; de modo que lo que entre nosotros sería una abstinencia dura e insoportable, para los egipcios constituía una mortificación común que muchas veces no rebasaba los límites de lo normal.

7. De nuevo la *apázeia*, la meta espiritual de los solitarios, objeto de todos sus desvelos, cuya posesión identificaban con la imperturbabilidad ante todo lo de este mundo, como quien goza ya, tranquilo e indiferente, de las cosas de arriba.

8. Habla aquí Paladio por referencias de los discípulos de Elpidio, no como otras veces, por haber sido él mismo testigo ocular. Por eso refiere los elogios entusiastas de ellos, sin omitir lo exagerado o hiperbólico de la frase “el sol brilla a través de sus huesos”. (Véase lo que decimos en la INTRODUCCIÓN con respecto a la historicidad del autor).

CAPÍTULO XLIX

SISINO

Hubo un discípulo de este Elpidio, de nombre Sisino. Era de condición servil, pero libre por la fe, y de origen capadocio. Es preciso destacar también esto para alabanza de Cristo que nos dignifica y nos conduce a la verdadera nobleza.

Vivió seis o siete años bajo la dirección de Elpidio y más tarde se encerró en un sepulcro en donde por espacio de tres años perseveró en la oración sin sentarse ni de día ni de noche, sin acercarse a la mesa y sin caminar por fuera ¹.

Mereció el don de la gracia, contra los demonios. Pero ahora, habiendo vuelto a su patria, ha sido acreedor al sacerdocio, y ha reunido una comunidad de hombres y de mujeres. Con su estilo de vida venerable se ha visto libre de la inclinación a la concupiscencia, y por la templanza ha refrenado el instinto masculino para con las mujeres, de manera que se cumple lo de la Escritura: "En Cristo Jesús no hay ni hombre ni mujer" ². Es también hospitalario, aunque carece de bienes, para confusión de los ricos que no los comparten con sus prójimos.

NOTAS

1. Hemos hecho observar en el capítulo V, al hablar de Alejandra, que no es tan verosímil como nos parece a nosotros ahora el que vivieran los anacoretas encerrados en sepulcros, dado los amplios y espaciosos que solían ser en Oriente, y prestarse de suyo a una vida de reclusión y escetismo cual ellos la concebían.

2. Ga 3, 2°.

CAPÍTULO L

GADDANAS

He conocido también a un anciano de Palestina, llamado Gaddanás¹, el cual ha pasado su vida sin estar en lugar cubierto, en las inmediaciones del Jordán. Un día unos judíos le atacaron por fanatismo en las cercanías del Mar Muerto, lanzándose contra él espada en mano. Y sucedió que al levantarse la espada lanzarla contra Gaddanás, al instante se secó la mano de aquel que la había desenvainado, y la espada cayó de manos del que la blandía.

NOTA

1. Cf. SOZOMENO 6, 34.

CAPÍTULO LI

ELIAS

Elías, monje que vivía también en aquellos mismos parajes, habitaba en una cueva de una manera muy digna y ajustada. Un día se le presentaron muchos hermanos —pues el lugar era transitado—, y no tuvo suficiente pan. Nos aseguró: “Disgustado por el contratiempo, entré en la celda y encontré tres panes. Eramos veinte; pues bien, comieron todos hasta saciarse y todavía sobró uno, con lo cual me bastó para veinticinco días”.

CAPÍTULO LII

ABRAMIO

Hubo un tal Abramio, egipcio, que llevó en el desierto una vida muy dura y salvaje.

Ofuscado un día, y con ánimo de cometer otro atropello, fue hasta la iglesia y empezó a discutir con los presbíteros diciendo: “Cristo esta misma noche me ha ordenado sacerdote; aceptadme, pues, como celebrante”. En consecuencia, los Padres le alejaron del desierto y le ordenaron una vida más llevadera y reposada. De esta forma le curaron de su presunción, haciendo comprender la propia debilidad al que había sido víctima de una ilusión diabólica.

CAPÍTULO LIII

SABAS

Un lego llamado Sabas ¹, casado, natural de Jericó, hízose tan amigo de los monjes que durante la noche recorría las celdas del desierto, dejando a la puerta de cada habitación una cantidad de dátiles y legumbres suficientes para todos ellos, pues los ascetas del Jordán no comen pan. Un día le salió al encuentro un león. Sabas le persiguió y le hizo volver atrás. Después tomó el asno en que cabalgaba y se alejó.

NOTA

1. No hay que confundirse con el famoso abad san Sabas, posterior a Paladio y que sería fundador del monasterio de su nombre en las cercanías de Jerusalén en 478.

CAPÍTULO LIV

DE NUEVO LA SANTA MELANIA

Anteriormente he hablado, aunque superficialmente de la admirable Melania. Ahora quiero agregar a mi relato lo que antes pasé en silencio.

La cantidad de bienes materiales de que ha querido desprenderse, impulsada por el fuego del amor de Dios, no es cosa que me incumba, a mí el decirlo, sino a los habitantes de Persia ¹.

Y es que de su munificencia nadie ha sido excluido: ni las gentes de levante ni de poniente ni del norte ni del mediodía. Durante treinta y siete años ha dado hospitalidad a todo el mundo; ha atendido a expensas suyas a las iglesias, monasterios, hospederías y cárceles, procurándole el dinero su misma familia, su hijo y sus procuradores.

Melania perseveró tanto tiempo en la práctica de la hospitalidad que llegó a quedarse sin un palmo de tierra; no se dejó atraer por el deseo de su hijo único, ni la nostalgia de él la apartó del amor de Cristo. Al contrario, gracias a sus plegarias, el joven llegó a adquirir una educación nada común, y merced a un matrimonio ilustre se granjeó las dignidades humanas.

También este joven tuvo dos hijos. Mucho tiempo después se enteró Melania de la situación en que se encontraba su nieta, que era casada y acariciaba la idea de renunciar al mundo. Y temiendo que sus hijos fuesen pervertidos por una mala doctrina, la herejía, o una vida desordenada, se embarcó a pesar de sus sesenta años ², y desde Cesárea llegó a Roma después de veinte días de travesía.

Allí encontró a Aproniano, hombre muy afortunado y digno de estimación. Era pagano y Melania le instruyó convirtiéndolo al cris-

tianismo³; asimismo le persuadió a vivir en continencia con su esposa, una sobrina suya de nombre Avita.

“¿POR QUÉ OS COMPLACÉIS EN VIVIR EN LA VANIDAD?”

Después de haber fortalecido en sus propósitos a su nieta Melania y a su esposo Pinio, de haber catequizado a su nuera Albina, esposa de su hijo, y haberlos dispuesto a todos a vender sus posesiones, les hizo partir de Roma llevándolos al puerto bienaventurado y tranquilo de la Vida⁴.

De esta forma combatió, como si fueran animales salvajes⁵, a todos los personajes senatoriales y a sus esposas, que intentaban disuadirle de su propósito de inducir a los otros a renunciar al mundo. Ella les decía: “Hijos míos, hace ya cuatrocientos años que está escrito: “es la última hora”⁶. ¿Por qué os complacéis en vivir en la vanidad de este siglo, con riesgo de que os sorprendan los días del anticristo y se os acabe el disfrute de vuestras riquezas y de la herencia de vuestros antepasados?”

Así los libró a todos y les condujo a la vida monástica. Catequizó al hijo menor de Públicola, llevándoselo consigo a Sicilia. Después vendió lo que le quedaba y, recibido el producto, volvió a Jerusalén, donde distribuyó sus bienes. Al cabo de cuarenta días se durmió en buena ancianidad y profunda paz en el Señor; y aun dejó en Jerusalén un monasterio que se sostenía con lo que había restado de sus rentas.

INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

Cuando todos se hubieran alejado de Roma, los bárbaros, anunciados en otro tiempo por las profecías, se precipitaron como un ciclón sobre la capital. Ni siquiera dejaron enteras las estatuas de bronce del Foro; todo lo devastaron con una demencia salvaje, y la entregaron al saqueo⁷; de modo que lo que había sido embellecido con amor durante doscientos años se convirtió en un montón de ruinas humeantes.

Entonces, tanto los catequizados como los que se habían opuesto a la conversión, alabaron a Dios, quien por medio de este descalabro había convencido a los incrédulos. En realidad, mientras los demás

eran capturados, solamente se salvaron las familias que se habían ofrecido en holocausto al Señor gracias al celo de Melania.

NOTAS

1. Otros manuscritos agregan otros países: “de la Bretanva y de todos los habitantes de las islas”;

2. Esta cifra es inexacta. Se sabe de fijo que Melania nació en 350, enviudó a los veintidós años en 372, y habiendo permanecido en Jerusalén veintisiete años hasta el 399, no podía haber rebasado la cincuentena (cf. cap. 46 de esta *Historia*).

3. A la letra: “Le hizo cristiano” *χρστ[ι]ανωσ*. Es sabido que este vocablo se creó en Antioquía (*Act*, 11, 26) y no aparece en ninguna parte en el Nuevo Testamento, sino en *Ac* 26, 28 y *I Pe* 4, 16.

4. Monástica, se entiende.

5. *εγηρειομαχησε* palabra que ocurre en san Pablo (1 C 15, 32) e Ignacio de Antioquía (*Ad Rm* 5). La expresión es atrevida y no deja de reflejar la mal disimulada aversión del autor contra el orden senatoril.

6. *I Jn* 2, 18. El texto de san Juan dice así: “Hijitos, ésta es la hora postrera, y como habéis oído que está para llegar el anticristo, muchos se han hecho anticristos, por lo cua conocemos que ha llegado la hora postrera”.

7. Ya en 405 las hordas de Radagaise, llegaron a las puertas de Florencia. Paladio se refiere aquí a la entrada de los visigodos en Roma al mando de Alarico, que tuvo lugar en 410.

CAPÍTULO LV 1

SILVANIA

Tuvimos la oportunidad de viajar juntos de Elia ² a Egipto acompañando a la bienaventurada virgen Sylvania, cuñada de Rufino, el ex prefecto.

Venía también con nosotros Jubín, entonces diácono y actualmente obispo de la iglesia de Ascalón, varón piadoso y erudito ³. Nos sorprendió por el camino un calor asfixiante y, al llegar a Pelusio ⁴, Jubín tomó una jofaina y se lavó las manos y los pies con agua muy fría. Después del baño, descansó encima de una piel velluda tendida en el suelo a guisa de manta. En eso Melania se acercó a Jubín, como una madre prudente a su hijo, y se burlaba donosamente de su delicadeza con estas palabras ⁵: “¿Cómo te atreves a esta edad en que tu sangre está llena de vida, a halagar así la mísera carne, sin tener en cuenta los males que engendra? Créeme, tengo sesenta años y, aparte las extremidades de mis manos, ni mi pie ha tocado el agua, ni el rostro, ni ningún otro miembro de mi cuerpo; y en vano acometida de diversas dolencias y obligada por los médicos, nunca he permitido conceder a la carne lo que el mundo acostumbre ⁶; no he descansado en el lecho ni he viajado nunca en litera”.

Siendo muy erudita y aficionada a la literatura, transformó las noches en días leyendo todos los escritos de los comentaristas antiguos: entre ellos se contaban trescientas miríadas de Orígenes ⁷, veinticinco de Gregorio, otras tantas de Esteban, de Pierio, de Basilio y de otros varones piadosísimos. Y no los leyó una sola vez ni al azar, sino que releía cada libro detenidamente siete u ocho veces. Por eso, una vez libre de la ciencia que no merece tal nombre, pudo tomar alas

merced a esos tratados, y henchida de esperanza, hízose ella misma ave espiritual para emprender el vuelo hacia Cristo.

NOTAS

1. En realidad, este capítulo, es una continuación del de la vida de Melania. Por lo mismo, forma parte del anterior y no debería tener solución de continuidad. Así lo estableció TURNER (*J. T. S.* 1905) reuniéndolo bajo el epígrafe común del precedente, lo cual ha prevalecido entre los críticos. Nosotros, advirtiéndoselo al lector, preferimos, por razones prácticas, seguir la división de Butler y Lucot.

2. “*Elia* es lo mismo que Jerusalén”, decían los antiguos tratados de coreografía. Se la llamaba así en honor del emperador romano Elio Adriano, que fundó la colina Elia Capitolina, sobre las ruinas de Jerusalén en 136.

3. Identificado con Jovinus, obispo palestinese del Concilio de Dióspolis en 415. El viaje de referencia ocurría hacia el 399.

4. Ciudad de Egipto situada en el extremo oriental del Delta del Nilo. En los meses de primavera sopla con violencia un viento cálido llamado “Khamisin”, que es lo que seguramente ocasionó a los viajeros ese calor insoportable.

5. Generalmente se admite que el *εχεινη* del texto un tanto ambiguo se refiere a Melania y ésta es la que sigue hablando en adelante.

6. Mentalidad imperante entre los antiguos ascetas (por ejemplo, san Jerónimo y otros), que abrigaban esta prevención contra la higiene del cuerpo por creer que podía constituir un incentivo contra la carne. Pero ya san Benito en el siglo VI (*Regla* XXXVI, 8) establecía los baños por su valor terapéutico y también higiénico. A partir de él se estima con razón que una higiene prudencial es la mejor salvaguardia de la pureza del cuerpo.

7. O sea, 300.000 líneas de Orígenes y 250.000 de los demás.

CAPÍTULO LVI

OLIMPIADA

Caminando bajo la inspiración de aquella, y siguiendo sus mismas huellas, la venerable y ferviente Olimpiada ¹ abrazó los consejos del Señor.

Fue hija de Seleucio, ex conde, y nieta de Ablavio ²¹, ex prefecto. Prometida por unos días a Nebridio ³, ex prefecto de la ciudad, en realidad no fue esposa de nadie; porque dicen que murió virgen, aunque compañera de vida del Verbo de Verdad.

Reunió todos sus bienes y los repartió entre los pobres ⁴. Sostuvo grandes luchas en defensa de la verdad, catequizó a muchas mujeres y trató con reverencia a los presbíteros, honró a los obispos y finalmente fue considerada digna de confesar la fe.

Los habitantes de Constantinopla la incluyen entre los confesores, porque así murió y voló hacia el Señor, combatiendo con denuedo por la gracia de Dios.

NOTAS

1. Olímpida estuvo en contacto con Paladio y ayudó a san Juan Crisóstomo (cf. PG. 114, c. 1183); nuestro autor habla también de ella en el *Diálogo*.

2. Prefecto del pretorio muerto en 337.

3. Prefecto de la ciudad de Constantinopla en 386.

4. Según el texto B. Paladio fue uno de los que distribuyeron esos bienes de Olímpida.

CAPÍTULO LVII

CANDIDA Y GELASIA

Siguiendo el ejemplo de Olímpíada, y mirándose en ella como en un espejo, la bienaventurada Cándida, hija de Trajano, general del ejército¹, vivió dignamente, y llegó a las cumbres de la santidad. Habiendo honrado a la Iglesia y sus obispos, adoctrinó a su propia hija en orden a la virginidad, la ofreció como primicias a Cristo, como don de sus propias entrañas, y ella misma siguió más tarde a su hija imitándola en la templanza, castidad y distribución de bienes.

Me consta que todas las noches se fatigaba moliendo con sus manos² para mortificar su cuerpo, y me decía: “Com el ayuno no le basta, le doy como aliado la vigilia mortificante para aniquilar en mí el ansia grosera de Esaú”.

Se abstuvo completamente de todo aquello que posee sangre y vida; sólo tomaba pescado y legumbres aliñadas con aceite los días festivos; de esta forma perseveró, contentándose de ordinario con una mezcla avinagrada³ y con pan duro.

Emula de ella, la venerable Gelasia, hija de un tribuno, siguió piadosamente el mismo camino llevando el yugo de la virginidad. Se dice de su virtud que jamás le sorprendió la puesta del sol estando enojada o resentida contra un criado, ni contra una doncella, ni contra persona alguna.

NOTAS

1. General bajo el emperador Valente.

2. En el Museo Bíblico de Montserrat existe un molinillo de mano, común aún hoy en Oriente. Consta de dos piedras sobrepuestas de unos 30 cm. de diámetro. La muela superior se pone en movimiento con la mano derecha mediante una manija de madera, fijada en un lado, mientras se deja caer poco a poco el grano con la mano izquierda por un orificio practicado en el centro. Paladio se refiere exactamente a un utensilio como éste (cf. R. ARRUFAT₂ *op. cit.*, p. 103, n. 3).

3. οΕυχράμα dice el texto, una especie de posca o vino amargo que bebían los soldados romanos (*Lc* 23, 26; οξύς). Cf. el cap. 38, fin., acerca de la “tisana” que usaba Evagrio.

CAPÍTULO LVIII

LOS MONJES DE ANTINOE

Viví durante cuatro años en Antinoe ¹ de la Tebaida. En este lapso de tiempo ² tuve la oportunidad de conocer los monasterios allí construidos.

En efecto, han fijado su morada en los alrededores de aquella ciudad unos mil doscientos hombres, que viven del trabajo de sus manos y practican el ascetismo con perfección. Entre ellos se encuentran también anacoretas que se han recluido ellos mismos por propia iniciativa dentro de las grutas naturales que forman allí las rocas. Uno de ellos, llamado Salomón ³, varón muy dulce y reservado, posee el don de la paciencia.

Según decía, había vivido cincuenta años dentro de la cueva, basándose a sí mismo con el trabajo de sus manos y había aprendido de memoria toda la Escritura.

DOROTEO EL PRESBITERO

En otra cueva habitaba Doroteo, presbítero, de una amabilidad encantadora, el cual por su vida irreprochable fue considerado digno de ejercer el sacerdocio y le ha sido encomendado el ejercicio del ministerio entre los monjes de las cuevas.

Cierto día, Melania la joven, nieta de la gran Melania, al que espero referirme más adelante, le mandó quinientas monedas, rogándole las emplease en socorrer a los hermanos de aquellos contornos. Mas él tomó tres y mandó el resto al anacoreta Diocles, varón doctísi-

mo, diciéndole: “El hermano Diocles es más inteligente que yo y podrá administrarlas sin perjuicio alguno, puesto que sabe quiénes son los que necesitan ser mejor atendidos. En cuando a mí, me basta con esto”.

Este Diocles empezó primero por estudiar la gramática y más tarde se dedicó de lleno a la filosofía ⁴. Con el tiempo, atraído poderosamente por la gracia, cuando frisaba en los veintiocho años, renunció al ciclo de los estudios y se consagró a Cristo. Por aquel entonces hacía ya treinta y cinco años que moraba en aquellas cavernas.

Solía decirnos con frecuencia: “La inteligencia que se aparta del pensamiento de Dios, se torna demonio o bestia”. Y al preguntarle nosotros, curiosos, qué quería decir con eso, nos respondía: “La inteligencia que se aleja del pensamiento de Dios no puede menos de claudicar, tarde o temprano, ante la concupiscencia o la ira”.

TODO EL QUE TIENE RELACIÓN CON DIOS ESTÁ UNIDO A DIOS

Calificaba de bestial a la concupiscencia y de diabólica a la ira.

Al objetarle: “¿Cómo es posible que el entendimiento humano esté unido continuamente a Dios”, respondió: “Cuando el alma abraza cualquier pensamiento o acción piadosa que tenga relación con Dios, está unida a Dios”

No lejos de él vivía un tal Capitón, que había sido bandido en otro tiempo. Durante los cuatro años consecutivos que pasó en aquellas grutas, distantes cuatro millas de la ciudad de Antinoe, jamás descendió de su cueva, ni siquiera hasta la ribera del Nilo. Alegaba que no podía aún ponerse al alcance de la multitud, por cuanto sus adversarios le agredían al instante.

Con ellos hemos visto asimismo a otro anacoreta, que vivía de modo semejante en una cueva. Ilusionado en sueños por el tábano de la vanagloria ⁵, se burlaba a su vez de los que se llamaban a engaño; el pobre “se apacentaba de viento” ⁶, como dice la Escritura.

Observaba la templanza corporal y ello a causa de la vejez en razón del tiempo y acaso también por vanagloria; por lo demás, su juicio estaba como trastornado por el desorden de la soberbia.

NOTAS

1. Ἀντινοῦ Antinoe, ruinas al este de Skeikh Abadeh en la Tebaida. *La Historia Moknachorum* (7.1) la llama metrópoli de la Tebaida.

2. De cuatro años 406/412, en que fue desterrado el autor a Siena, en el Alto Egipto, por defender la causa de san Juan Crisóstomo. Véase nuestra INTRODUCCIÓN “Vida de Paladio”.

3. Ni de este personaje ni de los siguientes a que alude aquí Paladio hay otras noticias ciertas.

4. ἡλῶσοφία dice propiamente el texto, y aunque otras veces en el lenguaje monástico signifique lo mismo que “ascetismo”, aquí hay que entenderlo en sentido obvio y natural.

5. *Tábano de la vanagloria*, expresión gráfica usada también por Casiano (*I st.*, V. 12) en semejantes descripciones: *κενοδοξία* (cenodoxia).

6. Paladio cita aquí al desgair y de memoria. La frase puede referirse a *Pr* 10, 4, en una versión muy semejante a la vulgata, o también a *Pr* 11, 29, o, en fin, a varios lugares del libro del Eclesiastés, en que ocurre una y otra vez esta expresión.

CAPÍTULO LIX

LA ANCIANA AMMA TALIS Y SU DISCIPULA TAOR

En esta misma ciudad de Antioe hay doce monasterios de mujeres. En uno de ellos visité a Amma Talis, una viejecita que llevaba ochenta años de ascetismo, según me contó ella misma y confirmaron sus vecinas.

Junto con ella habitaban setenta doncellas; la amaban de tal suerte que no se cerraba el monasterio con llave, como ocurría con otros cenobios, guardadas como estaban por el amor de Talis.

La anciana había llegado a un tal grado de impasibilidad y virtud que, al entrar yo y sentarme, se me acercó sentándose junto a mí, y posó sus manos sobre mis hombros con la mayor sencillez y franqueza.

Había en este monasterio una virgen, discípula suya, llamada Taor. En treinta años que vivía en el monasterio nunca quiso recibir un vestido nuevo, un velo o unos zapatos, pues decía: “No tengo necesidad de ello; además, así no me veo obligada a salir”. Y así era, porque todas las demás van los domingos a la iglesia a comulgar; ella, en cambio, vestida con sus andrajos, se quedaba sentada en su retiro sin interrumpir su labor.

Y su rostro tenía tal gracia natural y era de tan buen parecer, que hasta el hombre más fuerte hubiera corrido el peligro de ser seducido por su rara belleza, de no haber tenido ella la salvaguardia de la castidad; en efecto, con su modestia declinaba la mirada procaz, derivándola hacia el respeto y el temor.

CAPÍTULO LX

EL MARTIR COLUTO Y LA VIRGEN

Había otra virgen vecina mía, cuyo rostro jamás pude ver, porque, según dicen, nunca se mostró en público desde que había renunciado al mundo.

Había vivido sesenta años consagrada al ascetismo con su madre, y al fin le llegó la hora de cambiar esta vida por otra mejor. Habiéndosele aparecido el mártir del país, Cotulo ¹, le dijo: “Hoy tienes que emprender el viaje hacia el Señor y ver a todos los santos; ven, pues, y come con nosotros en mi santuario”.

Se levantó temprano, se vistió, tomó en su cestilla pan, aceitunas y legumbres, y después de tantos años de continua permanencia en el monasterio, salió y fue al santuario e hizo oración.

Estuvo esperando todo el día el momento en que no había nadie en el recinto; entonces se sentó e invocó al mártir, diciendo: “Bendice mis manjares, Coluto, y acompáñame en mi camino co tus oraciones” Luego comió y rogó una vez más. Después, al ocaso del sol, volvió a su casa.

Entregó a su madre un escrito de Clemente, el autor de los *Stromata*, que versaba sobre la profecía de Amós ², y le dijo: “Dáselo al obispo exiliado ³, y dile: Ruega por mí, porque emprendo mi viaje”. Y falleció aquella misma noche sin haber tenido acceso alguno de fiebre, ni dolor de cabeza; no sólo eso, sino que ella misma había preparado su cuerpo para la sepultura.

NOTAS

1. Fue martirizado en Hermópolis, en la Tebaida, bajo Diocleciano. Era sacerdote y médico. La Iglesia griega celebra su fiesta el 19 de mayo.
2. Tratado que no ha llegado hasta nosotros.
3. O sea, Paladio, que fue desterrado en 406 (véase su *Vida* en nuestra INTRODUCCIÓN).

CAPÍTULO LXI

MELANIA LA JOVEN

Puesto que más arriba prometí al lector decir algo de esta descendiente de Melania ¹, me veo ahora obligado a cumplir esta promesa; pues no es razón que, mirando con desdén la juventud de su cuerpo, prescindamos de su virtud probada —superior en mucho a la de otras de más edad—y dejemos de encomiar su sólida perfección.

Sus padres la dieron en matrimonio, contra su voluntad, a uno de los personajes más significados de Roma; no obstante, influenciada constantemente por los relatos de su abuela, hizo ésta tanta mella en su alma, que no pudo avenirse por más tiempo con el matrimonio.

Le nacieron dos hijos varones, pero ambos murieron.

Esto le inspiró una repulsión tan grande hacia el matrimonio, que resolvió decir a su esposo Piniano, hijo del ex prefecto Severo: “Si quieres practicar conmigo la vida ascética según las normas de la castidad, te reconoceré como dueño y señor de mi vida; mas si te parece excesivo, pues eres demasiado joven ², toma todos mis bienes, pero devuelve a mi cuerpo la libertad para que pueda cumplir mi deseo de seguir a Dios sin trabas y de ser heredera de la fe de mi abuela, cuyo nombre llevo. Pues si Dios quisiera que le diésemos hijos, no me hubiera arrebatado los otros al nacer”

DIOS ACCEDIÓ A SUS DESEOS

Después de haber vivido algún tiempo bajo el yugo del matrimonio, Dios se apiadó del joven marido, y le inspiró asimismo un vivo

deseo de renunciar al mundo. De esta manera se cumplió en ellos aquello de la Escritura: “Sabes, mujer, si salvarás a tu marido?”³

Casada, pues, a los trece años⁴, y después de convivir siete con su esposo, a los veinte renunció al mundo. Empezó por ofrendar en los altares sus mantos de seda (cosa que hizo también santa Olímpíada); luego utilizó el resto de sus prendas de seda haciendo diversos ornamentos para los templos. Puso su plata y su oro en manos de un presbítero llamado Pablo, monje de Dalmacia, y envió por vía marítima a Oriente, Egipto y la Tebaida diez mil monedas, otras tantas a Antioquía y sus dependencias, quince mil a Palestina y diez mil a las iglesias de las islas y a los lugares de destierro. De igual manera proveía por sí misma a las iglesias de Occidente.

Todo eso, y aun el cuádruple, poniendo a Dios por testigo, lo arrancó, por decirlo así, de la boca del león Alarico por obra y gracia de su fe.

No se contentó con estas renunciaciones, sino que además dio libertad a ocho mil esclavos que lo quisieron, porque los otros rehusaron la libertad y prefirieron seguir sirviendo a su hermano; Melania por su parte se los concedió todos dando a cada uno tres monedas. Vendió también las posesiones que tenía en España, Aquitania, en la Tarraconense y en las Galias; se reservó para sí únicamente las de Sicilia, Campania y Africa, que destinó al sostenimiento de los monasterios. Tales fueron las medidas que le dictó su sabiduría por lo que se refiere a sus bienes y riquezas.

ASCETISMO DE MELANIA Y SU MARIDO

Con relación a su ascesis, tomaba alimento cada dos días —al principio inclusive cada cinco— y se impuso ella misma gustosamente la tarea de servir todos los días a sus criadas, a quienes hizo compañeras de ascetismo.

Actualmente tiene además a su madre Albina que vive con ella; también ésta se entrega a las mismas prácticas de vida ascética y distribuye igualmente sus riquezas.

Habitan en sus propiedades rurales, ora en Sicilia, ora en la Campania⁵, con quince eunucos y sesenta vírgenes, entre libres y esclavos.

Lo mismo ha hecho su marido Piniano. Vive con treinta monjes, y pasa su vida leyendo y ocupándose de las labores de un huerto y

dando graves conferencias. Nos obsequiaron espléndidamente, a pesar de que no éramos pocos, cuando fuimos a Roma a causa del bienaventurado obispo Juan; nos concedieron franca hospitalidad y después de agasajarnos nos dieron abundantes provisiones para el camino.

Y es así como recogen ahora con intensa alegría el fruto de la vida eterna, gracias a las obras que Dios les inspiró que hicieron en este mundo al adoptar el mejor estilo de vida.

NOTAS

1. El cardenal Rampolla publicó una *Vita Melaniae Junioris*, cuya redacción latina admite como original. Dom Butler, en cambio, propugna como tal la redacción griega. El autor de esta biografía sería Gerontlus (485) venido de Occidente, que conoció a Melania al llegar ésta a Palestina y dirigió después de ellas sus monasterios. Parece que hay que ver en los textos latino y griego recensiones independientes de una redacción primitiva.

2. Piniano tenía un hermano mayor, Severo, del que habla la *Vita*, que ponía trabas a sus proyectos de vida ascética.

3. *I C* 7, 16.

4. Melania, de la familia de los Valerio Máximo, tenía entonces trece o catorce años. Piniano, de la familia de los Valerio Severo, diecisiete.

5. Villas y posesiones suburbanas de Melania.

CAPÍTULO LXII

PAMAQUIO, EL ANTIGUO PROCONSUL

Un pariente, suyo, por nombre Pamaquio, antiguo procónsul, renunció también al mundo para vivir la vida perfecta. En lo que atañe a su fortuna, repartió la mitad en vida y dejó la otra mitad a los pobres antes de morir.

Hicieron lo propio un tal Macario ¹, ex vicario, y Constancio ², que fue asesor de los prefectos de Italia. Ambos fueron distinguidos y muy eruditos; y en lo espiritual llegaron al gado más elevado del amor a Dios. Creo que aún viven en la carne, después de haber practicado la vida perfecta.

NOTAS

1. Fue amigo de Rufino y su vida se narra en *PL* 73, 415/26, particularmente en el cap. 11, pp. 422 ss.

2. Bixapías, ex vicario, dignidad de lugarteniente del prefecto del pretorio.

CAPÍTULO LXIII

UNA VIRGEN QUE PROTEGE A SAN ATANASIO

Conocí en Alejandría a una virgen que contaba ya los setenta años cuando la conocí. Todo el clero atestiguaba que a la edad de veinte años era tan bella que era preciso evitar su compañía a causa de su hermosura, para no dar a nadie motivo de crítica o sospecha.

Pues bien, ocurrió que los arrianos conspiraron contra san Atanasio, obispo de Alejandría, valiéndose para ello del prepósito Eusebio. Era en tiempo del emperador Constancio. Le acusaban injustamente con sus calumnias. Y para evitar ser juzgado por un tribunal sobornado, no quiso confiarse a nadie, ni pariente ni amigo. De modo que cuando los agentes del prefecto penetraron de improviso en el palacio episcopal en busca suya, cogió la túnica y el manto; y al filo de la medianoche huyó a refugiarse en casa de la virgen¹. Esta quedó desconcertada por el hecho. Mas él le dijo: “Me cercan los arianos y he sido denunciado injustamente. Para no acarrear una falsa reputación y no inducir a pecado a quienes quieren castigarme sin razón, he decidido huir. Por otra parte, he tenido esta noche, una revelación en la que Dios parecía decirme: “Únicamente te salvarás en casa de aquella doncella”.

Radiante de alegría accedió ella y se entregó en manos de Dios. Ocultó al santo varón durante seis años, hasta que murió Constancio. Ella misma le lavaba los pies, le servía en sus necesidades, satisfacía todos sus deseos, pedía prestados libros y se los llevaba. Y nadie en Alejandría supo jamás cuál había sido durante estos seis años el paradero de san Atanasio.

Cuando se anunció la muerte de Constancio ² y la noticia llegó a sus oídos, volvió Atanasio a vestirse sus hermosos hábitos durante la noche y fue hallado en la iglesia. Todos quedaron estupefactos y le contemplaban como a un resucitado de entre los muertos. Entonces se sinceró en presencia de sus amigos más leales: “No me he refugiado —dijo— en vuestra casa para que pudieséis prestar juramento de buena fe y también para evitar interrogatorios y pesquisas; he buscado más bien refugio en casa de quien no podía inspirar sospechas, por lo mismo que es bella y joven. He tenido siempre ante los ojos dos cosas a cuál más deseada por mí: su salvación, la de ella, puesto que le he sido útil en este sentido, y mi propia reputación”.

NOTAS

1. Aun cuando no falta algún testimonio que afirma que Atanasio se refugió al principio en casa de la doncella en cuestión, Paladio yerra al decir que permaneció escondido en su casa los seis años que duró su destierro. El mismo san Atanasio lo desmiente al hablarnos sobre sus desplazamientos de exiliado. Sin embargo, no cabe exagerar la nota sobre la presunta invención de Paladio, por parte de algún crítico malévolo, pues como dice Gwatkin (*Classical Review*, marzo 1899), la forma misteriosa de la desaparición de Atanasio hizo verosímiles las conjeturas más fantásticas.

2. Que ocurrió en 361, unos tres años antes de venir al mundo Paladio.

CAPÍTULO LXIV

JULIANA, VIRGEN DE CESAREA

Juliana, otra virgen de Cesárea de Capadocia, se decía que era una mujer muy culta, y además, fiel a toda prueba. Ella fue quien hospedó en su casa al escritor Orígenes ¹, fugitivo cuando la insurrección de los paganos, y le atendió a expensas suyas con gran abnegación durante dos años. Lo he hallado consignado en un libro muy antiguo, escrito en verso, de puño y letra de Orígenes. Dice así: “He encontrado este libro en casa de la virgen Juliana, de Cesárea, cuando estuve refugiado en ella. En cuanto a Juliana, me decía que lo había recibido del propio Símaco, intérprete de los judíos” ².

No he expuesto la virtud de estas mujeres al desgaire y como a la ligera, sino para demostrar que hay muchas maneras de merecer. Basta que nos lo propongamos de verdad.

NOTAS

1. Sobre Orígenes, véase el cap. II de esta Historia, en que Ammonio se caracteriza por un lector asiduo y entusiasta de sus obras.

2. Este libro era una obra de Símaco, probablemente su comentario a san Mateo, su versión griega del Antiguo Testamento. Eusebio (*Hist. Eccl.* 6, 17) lo había visto también. En cuanto a Símaco, intérprete de los judíos, era en realidad un samaritano que adoptó el judaísmo, luego el cristianismo y por fin el ebionismo (finales del s. II).

CAPÍTULO LXV

HIPOLITO, ANTIGUO FAMILIAR DE LOS APOSTOLES

En un libro manuscrito muy antiguo he hallado la siguiente historia relativa a Hipólito, familiar que fue de los Apóstoles:

Había en la ciudad de Corinto una doncella de noble linaje y rara hermosura que, con ánimo de guardar virginidad, practicaba la vida ascética. Un día fue acusada a un pagano que entonces ostentaba el cargo de juez, en la época de las persecuciones ¹. Se le achacaba el delito de censurar aquella época, y a los emperadores y de hablar mal de los ídolos. Por otra parte, los que formulaban estas denuncias contra ella hacían grandes elogios de su belleza.

El juez, que se enloquecía por las mujeres, acogió de grado la calumnia, como un corcel que yergue las orejas ante lo que le apetece. Puso en juego toda clase de artificios, mas no pudo persuadirla. Entonces, enojado contra ella, no le impuso ningún castigo ni la sometió a tortura, sino que la llevó a un burdel y encargó al patrón diciéndole: “Tómala y tráeme de lo que ella gane tres monedas diarias”. El patrón, exigiendo el oro por exhibirla, la exponía para entregarla a los que la deseasen.

Cuando la turbamulta de libertinos lo supieron, frecuentaron con asiduidad el lugar de perdición, y pagando el sueldo establecido, con astucia intentaban seducirla. Mas ella les rogaba con instancia diciéndoles: “Tengo una úlcera en un lugar secreto que despidе un olor infecto, y temo que lleguéis a aborrecerme. Dadme, pues, unos días de tregua, y entonces podréis poseerme con toda libertad, e incluso gratuitamente”.

Oraba durante aquellos días con toda su alma implorando el auxilio del Cielo.

Habiendo visto el Señor su admirable castidad, inspiró a un joven empleado de la secretaría imperial ², inteligente y de buen parecer, un deseo ardiente de morir. Fingiéndose libertino, entró una noche en casa del patrón y dándole cinco monedas le dijo: “Déjame pasar esta noche con ella”. Al entrar en la habitación le dijo a la virgen: “Levántate y vete”. Dicho esto, se despojó ella de sus vestidos, y cubriéndola él con sus propias ropas, su camisa, su capa, y dándole los demás adminículos propios de su sexo, la dijo: “Cúbrete el rostro con la punta de la capa y sal”. Y haciendo ella la señal de la cruz, salió sana y salva sin haberse manchado en aquel antro de corrupción.

Al día siguiente fue conocido el engaño y el oficial de secretaría fue apresado y arrojado a las fieras para que Satanás fuese confundido también en esto, ya que el enemigo tuvo un doble martirio, el que sufrió por el joven y el que toleró por aquella virtuosa doncella.

NOTAS

1. Nicéforo, VII, 13, tiene un relato parecido a éste, sólo que el joven es allí decapitado. Don Butler opina que Nicéforo derivaría de Paladio por medio de Sozomeno. Según los críticos, no parece que se trate de un contemporáneo de los apóstoles —no hay que olvidar que αποστολος tiene el sentido de “discípulo de los apóstoles”. La historia sacada de una colección de piadosos relatos de santas mujeres, la habría hecho suya el mentado Nicéforo, a pesar del desenlace distinto que tiene el muchacho.

2. μαγιστριανω, dice el texto crítico, o sea, uno de los empleos de la secretaría imperial. La versión latina lo traduce como un cargo burocrático al decir simplemente *agens in rebus*, y no como un nombre propio *magistrrianus*, como parecía colegirse de algunos manuscritos.

CAPÍTULO LXVI

EL EX CONDE VERUS

En la misma ciudad de Ancíra de Galacia conocí a un tal Verus, ex conde, juntamente con su esposa Bosporia. Era un varón ilustrísimo, como yo mismo he podido comprobar durante mucho tiempo.

Era tanta su virtud y firme confianza en Dios que en su desprendimiento no se preocupaba del porvenir de sus hijos ¹. Uno y otro, en efecto, invirtieron las rentas de sus posesiones en subvenir a los pobres. A pesar de tener dos hijas y cuatro hijos, no les dejaron ninguna dote, a excepción de las casadas, diciéndoles: “Cuando muramos, todo será vuestro”, Entre tanto, a medida que iban recibiendo los productos de sus haciendas, los repartían entre las iglesias de las ciudades y de las villas.

He aquí otra prueba de su gran virtud: habiendo sobrevenido una gran escasez de alimentos que amenazaba acabar con la vida de los habitantes ², pusieron en distintos puntos sus graneros de trigo a disposición de los pobres, logrando con esto que muchos herejes volvieran al seno de la ortodoxia. Además, adoptaron un régimen de vida muy austero; vestían modestamente, vivían de una comida muy frugal, practicaban la castidad según las leyes de Dios y permanecían el mayor tiempo en sus casas de campo huyendo de las ciudades. Temían que a causa del placer que se comparte en la capital se les contagiase alguna cosa del trajín y bullicio ciudadano y quitase firmeza a sus designios.

NOTAS

1. Literalmente: llegaron a tal punto de firme esperanza que defraudaron a sus hijos, pues consideraban el porvenir únicamente de una manera práctica.

2. Valga esta traducción un tanto perifrástica. El texto crítico dice *χατα σπλάγγων χωρουντος* un hambre “que alcanzaba hasta las entrañas” o “afecciones”, como traduce literalmente Lucot (*op. cit.*, 382, 2), dándole un sentido figurado. Quiere decir que amenazaba de raíz a todo, incluso a los efectos más hondos y a las aspiraciones más entrañables de los habitantes.

CAPÍTULO LXVII

MAGNA DE ANCIRA

Son notables en esta ciudad de Ancira ¹ muchas otras vírgenes —unas dos mil o acaso más—, así como mujeres continentes y distinguidas. Entre ellas destaca por su piedad Magna, mujer honorabilísima, a la que no se si calificar de virgen o viuda. Puesto que, unida por la fuerza a un marido, a causa de su madre, habiendo sabido ganárselo y hacerle esperar, según dicen las gentes, conservó intacta su virginidad.

Muerto él al cabo de poco tiempo, ella se entregó totalmente a Dios, ocupándose seriamente de su casa y hacienda, llevando una vida eminentemente ascética y reservada. Su conversación es tan sabia y discreta que incluso los obispos la reverencian por la excelencia de su religión.

Atiende no sólo a las cosas necesarias, sino incluso a lo superfluo de los hospitales, de los pobres y de los obispos que se hallan de paso. Al mismo tiempo no deja de trabajar en secreto ya por sí misma, ya por medio de criados de toda confianza; y por las noches no abandona nunca la iglesia.

NOTA

1. En un códice, el Venet. 338, se dice: "Cesarea en Capadocia".

CAPÍTULO LXVIII

EL MONJE COMPASIVO

En esa misma ciudad hemos conocido igualmente a un monje que prefería no recibir la ordenación sacerdotal y que se había dirigido allí después de cumplir en el servicio militar un período de corta duración.

Hace veinticinco años que practica la ascesis y éste es su estilo de vida: vive con el obispo de la ciudad, pero es tan humanitario y caritativo, que incluso recorre de noche las calles de la población en busca de los necesitados.

No hace distinciones ni de prisiones, ni de hospitales, ni de pobres, ni de ricos, antes bien socorre a todo el mundo: a unos le habla de compasión, según son gente sin entrañas; a otros los guía; apacigua a éstos y proporciona a aquellos lo necesario para su sustento y para cubrir su desnudez. Lo mismo que suele acontecer en todas las grandes ciudades, ocurre también en ésta: es decir, que en el pórtico del templo una multitud de enfermos solicita el alimento cotidiano; unos son solteros, otros casados...

Un día sucedió que, a medianoche, la mujer de uno de ellos daba a luz bajo el pórtico de la iglesia, en pleno invierno. El la oyó gritar en medio de los dolores. Entonces, interrumpiendo la oración de costumbre, salió y miró en todas direcciones, y no encontrando a nadie que pudiera ayudarle en aquel trance, él mismo hizo las veces de obstetriz, sin afectarle en lo más mínimo el espectáculo del alumbramiento, pese al impudor natural de las parturientas. Es que la compasión produjo en él la insensibilidad.

En cuanto a la calidad de sus vestidos no valen ni un óbolo y su alimentación corre parejas con la pobreza de su indumentaria. No sabe estar inclinado ante una mesa leyendo, pues el sentimiento de humildad lo aparta de las lecturas. Por eso, si algún hermano le obsequia con un libro, lo vende al instante y responde con entereza a los que se mofan de él: “¿Cómo puedo persuadir a mi Maestro de que he aprendido su arte, si no le vendo a El mismo (sus Evangelios) para poner en práctica ese mismo arte?”¹.

NOTA

1. Cf. cap. 37, 8, en donde se encomia a Serapión que se vende a sí mismo en provecho ajeno. Al igual que él, este monje compasivo vendía este libro de los Evangelios para hacer caridad al prójimo con el importe de la venta. La frase, un poco oscura, es como si dijera: “No puedo pretender haber aprendido su doctrina, si no vendo el libro que la contiene, traduciendo en obras la pobreza que El mismo enseñó”. El sentimiento de humanidad –φιλανθρωπία filantropía, dice el texto exactamente— era la virtud de este hombre generoso.

CAPÍTULO LXIX

UNA VIRGEN CAIDA Y ARREPENTIDA

Una virgen que vivía en unión de dos compañeras practicó el ascetismo durante nueve o diez años. Mas un día, seducida por un chanfre sucumbió a la tentación, y habiendo concebido en su seno, dio a luz un hijo.

Ahora bien, como sintiera un odio cordial contra el que la había engañado, se arrepintió en lo más íntimo de su alma; y fue tan lejos en el camino del arrepentimiento que se condenó a sufrir de hambre, experimentando poco después una manifiesta debilidad en todo su cuerpo.

En sus oraciones invocaba al Señor, diciendo: “Oh, gran Dios, que perdonas las miserias de las criaturas y no quieres la muerte ni la perdición de los pecadores: si consientes en que me salve, muéstrame tus maravillas y llévate el fruto de mi pecado a fin de que no se me ocurra utilizar una soga o lanzarme como se arroja un disco en la arena”¹. Sur oración fue escuchada, pues el niño murió poco tiempo después.

A partir de aquel día no volvió a ver al que la había seducido; antes bien, se entregó en ayunos rigurosísimos durante más de treinta años. Y de tal manera conmovió a Dios esta conversión, que fue revelado a un santo sacerdote: “Esta alma me ha sido más agradable en la penitencia que en la virginidad”.

Escribo esto con el fin de que no menospreciemos a los que se arrepienten sinceramente de sus pecados.

NOTA

1. No es improbable e induce a creerlo todo el sentido del contexto— que estas palabras quieran expresar un posible arranque de desesperación cual sería el pretender arrojarse a una sima, a causa de su fracaso. La frase evoca los ejercicios gimnásticos de la palestra, pues es del mismo corte que el de las frases hechas usadas por los atletas.

CAPÍTULO LXX

DE UN LECTOR CALUMNIADO

La hija de un presbítero de Cesárea de Palestina, virgen caída, fue inducida por su seductor a calumniar a un lector de la ciudad.

Al aparecer encinta, interrogada por su padre, acusó al lector. El presbítero, confiado en su palabra, dio parte al obispo; éste convocó a la clerecía e hizo llamar al lector ¹.

Fue examinada la causa; el lector, interrogado por el obispo, no confesaba, pues no era posible hablar de lo que en realidad no había sucedido. El obispo, indignado, le decía gravemente: “¿No confiesas, miserable, perverso, sepulcro de impurezas?” A lo que respondía el lector: “Ya he dicho la verdad: no tengo nada que ver con todo esto; no soy culpable ni de un solo pensamiento en relación con esta mujer. Ahora bien si queréis oír lo que no ha ocurrido, entonces os diré que he sido yo”.

Al decir esto, el obispo depuso al lector ². Entonces éste se acercó al obispo y le suplicó, diciéndole: “Ya que he cometido ese delito, ordenad que me sea concedida por esposa, puesto que ya no soy clérigo, ni ella es virgen”. El prelado se la concedió, creyendo que el joven lector la frecuentaría o que, en todo caso, le sería difícil evitar sus relaciones con ella.

El joven la recibió, pues, por mediación del obispo y de su padre, y la internó en un monasterio de mujeres rogando a la diaconisa local de la comunidad que la tuviera allí hasta el alumbramiento.

No mucho después se cumplieron los días de la mujer. Había llegado la hora de la verdad –gemidos, dolores de parto, sufrimientos, visiones de ultratumba–, y el niño no aparecía. Pasó el primer día, el

segundo, el tercero, el séptimo... Y la madre, que de puro sufrimiento se diría vivir en los infiernos³, no comía, ni bebía, ni podía conciliar el sueño, sino que gritaba diciendo: “¡Miserable, desdichada de mí, que estoy en tan gran peligro por haber calumniado a ese lector!” Al oír esto las monjas, lo comunicaron inmediatamente a su padre. Este, temiendo ser condenado por calumniador, guardó silencio durante dos días más. Pero la mujer ni moría ni daba a luz. El desenlace era cada vez más incierto.

FRUTO DE LA CONSTANCIA EN LA ORACIÓN

Ahora bien, como las monjas no soportaban más aquellos gritos, corrieron a decirle al obispo: “Esa mujer no cesa de gritar desde hace días diciendo que ha calumniado al lector”.

Entonces el obispo envió a éste unos diáconos y le hizo saber: “Ora para que la que te calumnió pueda dar a luz”. Pero el lector no les dio respuesta alguna, ni abrió siquiera la puerta de su habitación: desde el día que había entrado en ella, no hacía sino rogar a Dios.

El padre apeló en última instancia al obispo; se hicieron rogativas en la iglesia, pero tampoco la mujer daba a luz. El obispo se levantó entonces y se dirigió en persona a casa del lector. Llamó a la puerta, y una vez dentro con él, le dijo: “Eustacio, levántate y desata lo que has atado”. De pronto el lector dobló la rodilla juntamente con el obispo, y la mujer dio a luz en aquel instante.

He aquí cómo la intercesión de éste y la constancia en la plegaria pusieron en evidencia la calumnia y aleccionaron al mismo tiempo a la calumniadora. Para que aprendamos a perseverar en la oración y a conocer su gran poder.

NOTAS

1. Este episodio guarda gran analogía con otro que se lee en un apotegma de Macario de Egipto (*Pg* 34, c. 236). Simeón el loco es calumniado de haber seducido a una doncella, cuando en realidad el culpable había sido un amante de ésta. Simeón sufre toda suerte de vejaciones de parte de los que le atribuyen el presunto delito. Al fin todo se aclara y el desenlace es el mismo: la parturiente, acosada por los dolores intolerables, confiesa su pecado y descubre al verdadero autor del crimen; entonces cesan los dolores del parto y tiene lugar el alumbramiento. Simeón queda, en consecuencia, rehabilitado ante todo el mundo.

2. El primer delito que los Cánones Apostólicos, 95 (*PG* 147, 55), registran como merecedor de la deposición del constituido en un grado eclesiástico es la fornicación.

3. Expresión gráfica reveladora de un gran sufrimiento “dolores de infierno”, era lo que padecía. La versión latina dice: “infierno” (αδη) “appopinquabat” (“se aproximaba al infierno”)

CAPÍTULO LXXI

EL HERMANO QUE ESTA CON EL

Diré ahora algunas palabras sobre el hermano ¹ que ha convivido conmigo desde su juventud hasta hoy, terminando así este relato.

Me consta que durante mucho tiempo no comió por pasión, ni ayunó por jactancia. A mi juicio logró dominar el afán de riquezas, que son el patrimonio más considerable de la vanagloria. Se contentaba con lo que tenía y no usaba vestidos lujosos. Se mostraba agradecido con el que le difamaba, y se ponía en trance de peligro sacrificándose por amigos sinceros. Había sido tentado por los demonios mil veces y aún más, hasta el punto de que un día uno de ellos llegó a proponerle: “Convén conmigo en pecar, aunque sólo sea una vez, y la mujer que me indiques del mundo será tuya”.

En otra ocasión, después de golpearle durante catorce noches seguidas, según me contó, y de estirarle el pie en la oscuridad, le hablaba con voz inteligible, diciendo: “No adores a Cristo y no tengas miedo de que te me acerque más”. Pero él le respondió: “Justamente por eso le adoro y le gloificaré y le adoraré tanto como me sea posible, ya que ello te desagrada sobremanera”.

Por más que ha puesto los pies en ciento seis ciudades ² e incluso ha permanecido en la mayoría de ellas, por la misericordia de Dios no ha tenido contacto con el otro sexo, ni aun en sueños, a excepción de aquella lucha ³.

DIOS NO ABANDONA A LOS QUE CONFÍAN EN EL

Se que ha recibido tres veces el alimento necesario de manos de un ángel. Un día estando en la inmensidad del desierto, no teniendo ni

siquiera una miga de pan, encontró tres panes calientes en sus alforjas; otra vez halló también vino y panecillos.

He sabido que en otra coyuntura se lo dijo: “Estás en necesidad; pues bien, vete y “aquel”, te dará trigo y aceite”. Fue entonces en busca de aquel a quien había sido enviado, y le dijo: “¿Eres tú fulano de tal?” “Sí. alguien te ha ordenado que recibas treinta medidas de trigo y doce sextarios de aceite. Me alegraré por causa de él”⁴, sea quien sea.

Me consta que a menudo derramó lágrimas al ver hombres que padecían hambre y necesidades, y que les dio todo lo que poseía a excepción de su cuerpo.

Se, en fin, que se dolió también por uno que había caído en pecado y que con sus lágrimas condujo a penitencia al caído.

Un día me juró: “He pedido a Dios que no me sea preciso importunar a nadie, especialmente a los ricos y malvados, para que no tenga que darme nada en mis necesidades.

NOTAS

1. Queda en la incógnita la identificación de este “hermano”, αδελφου. Alguien ha querido ver en esta expresión un tanto misteriosa a Brisso, hermano de Paladio. Es posible, sin embargo, que se trata de cierto artificio retórico bajo el cual habla el autor de sí mismo, y al propio tiempo ello le permita ocultarse modestamente tras la humilde denominación de “hermano”. De hecho, algunos manuscritos, como el 112 del Santo Sepulcro, dicen sin ambages: περι του βιου αυτου διηγειται ουγγραφευς “el autor habla sobre su propia vida”.

2. Hipérbole por un número indeterminado, pero ciertamente considerable, pues “ha permanecido en la mayoría de ellas”.

3. πολεμον durante *aquella* lucha habida entre sueños. La versión latina añade esta aclaración: “ni siquiera en sueños, a no ser cuando soñó que era combatido por el demonio de la fornicación” (cf. cap. 19 y 29).

EPÍLOGO

DE TODOS HAY ALGO QUE APRENDER

En cuanto a mí, me basta haber merecido el honor de evocar el recuerdo de todo lo que acabo de consignar por escrito. Pues tengo la certeza de que ha sido el impulso divino, quien te ha movido ¹ a ordenarme que escribiera este libro y transmitiera por escrito las vidas de estos santos padres.

Al menos tú, fidelísimo siervo de Cristo, vas a recorrerlas con placer. Y después de ver una prueba suficiente de la resurrección al leer sus vidas, sus trabajos e inagotables paciencia, sigue en pos de ellos a impulsos de una esperanza inquebrantable, viendo que los días que tienes por delante son más breves que las jornadas transcurridas hasta hoy.

Ora por mí y condúcete como te conocí desde el consulado de Taciano ² hasta el día presente, y como sigues siendo desde que volví a encontrarte en tu elección de prepósito de la piadosísima Cámara. Es evidente que aquel a quien una dignidad de tal naturaleza no ha podido debilitarle en el temor de Dios, a pesar de colmarle de riquezas y tanta autoridad, es que tiene, efectivamente, su fundamento en Cristo, el cual oyó decir al diablo: “Todo esto te daré si, postrándote, me adoraes” ³.

NOTAS

1. Paladio se refiere aquí a Lauso, a quien dedica el libro.
2. Es decir en 391. Taciano, prefecto de la ciudad en 388, se hallaba en las Celdas y habría conocido a Lauso en Egipto.
3. *Mt* 4, 9.

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	3
Vida de Paladio	4
Génesis de la Historia Lausíaca	5
La Historia Lausíaca, ¿fábula o verdad?	6
Paladio, testigo presencial	7
El ascetismo egipcio según Paladio	9
La "apázeia" o impasibilidad, fin del monje	10
El fin último	11
Trabajo y asistencia social	12
Espigando en su doctrina	12
Iglesia, oración, sacramentos	14
Nuestra edición	15
Bibliografía selecta de Paladio	17
HISTORIA LAUSIACA	19
Proemio: de la Vida de los Santos Padres	21
Copia de una carta escrita por el obispo Paladio al Prepósito Lauso	24
Prólogo de Paladio a la Historia Lausíaca	26
Cap I. Isidoro	35
II. Doroteo	38
III. La esclava Potamiena	40
IV. El escritor Dídimo el Ciego	42
V. Rasgos de Alejandra	44
VI. La virgen rica	46
VII. Los Nitriotas	49
VIII. Amún el de Nitria	52
IX. Or el Nitriota	55
X. Pambo	56
XI. Ammonio	59
XII. Benjamín	61

	Pág.
XIII. Apolonio	63
XIV. Paesio e Isafas	64
XV. Macario el Joven	67
XVI. Natanael	69
XVII. Macario el egipcio	72
XVIII. Macario de Alejandría	77
XIX. Moisés de Etiopía	87
XX. Pablo de Ferme	91
XXI. Eulogio y Elisiado	93
XXII. Pablo el simple	98
XXIII. Pacón de Escete	103
XXIV. Esteban de Libia	106
XXV. Presunción del monje Valente	108
XXVI. Hierón el alejandrino	111
XXVII. Vida de Ptolomeo	113
XXVIII. David en caída	115
XXIX. Elías el asceta	116
XXX. Doroteo, sucesor de Elías	118
XXXI. La virgen Piamún	119
XXXII. Pacomio y los tabennesiotas	121
XXXIII. El monasterio de mujeres	126
XXXIV. De una religiosa que simulaba la locura	128
XXXV. El anacoreta Juan de Licópolis	131
XXXVI. Espíritu de profecía de Posidonio	136
XXXVII. Serapión el sindonita	139
XXXVIII. Evagrio, maestro de Paladio	144
XXXIX. Pior el egipcio	149
XL. Efrén, diácono de Edesa	151
XLI. Ejemplo de santas mujeres	153
XLII. Juliano de Edesa	155
XLIII. Adolio de Jerusalén	156
XLIV. Inocencio, asceta del Monte de los Olivos	158
XLV. El presbítero Filómoros	160
XLVI. Melania la antigua	162
XLVII. Cronio y Pafnucio	165
XLVIII. Elpidio de Capadocia	171
XLIX. Sisino	174
L. Gaddanas	175

	Pág.
LI. Elías	176
LII. Abramio	177
LIII. Sabas	178
LIV. De nuevo la santa Melania	179
LV. Silvania	182
LVI. Olímpida	184
LVII. Cándida y Jelasia	185
LVIII. Los monjes de Antinoe	187
LIX. La anciana Tali y su discípula Taor	190
LX. El mártir Coluto y la virgen	191
LXI. Melania la joven	193
LXII. Pamaquio, el antiguo procónsul	196
LXIII. Una virgen que protege a San Atanasio	197
LXIV. Julina, la virgen de Cesárea	199
LXV. Hipólito, antiguo familiar de los Apóstoles	200
LXVI. El ex conde Verus	202
LXVII. Magna de Ancyra	204
LXVIII. El monje compasivo	205
LXIX. Una virgen caída y arrepentida	207
LXX. De un lector calumniado	209
LXXI. El hermano que está con él	212
EPILOGO	214